

Magdalena Petit

Un autor en busca de representación

SÁTIRA TRAGICÓMICA EN UN ACTO

PERSONAJES:

Alberto (Autor)

Pablo (Pintor, amigo de Alberto)

Empresario

Actor-Director

Público Selecto (El Señor Flaco)

Grueso Público (El Señor Gordo)

Envidioso

Personaje

Un mozo.

PROLOGO EXPLICATIVO

Esta comedia, de carácter moderno, influenciada en parte por la Escuela Pirandelliana, tiene en su conjunto una realidad imaginaria que hace que no sepamos bien cuándo comienza en verdad la pieza misma y si la representación no es desde un principio una divagación o un sueño de aquel Autor en busca de representación.

Para la mejor comprensión del argumento, veremos de explicar de una manera más o menos concreta el proceso de esta

pieza escrita a la vez en diversos planos que tratan de compenetrarse en un afán de realización poética.

Imaginemos que Alberto—el Autor en busca de representación—es un autor teatral novicio y sin recursos financieros. Pretende vivir de su pluma, pero como no es conocido, necesita darse a conocer. Y he aquí su primer problema: conseguir que algún crítico juzgue su obra. Después de dos años de ir en pos de los detentores de la crítica, uno de ellos consiente en leer uno de sus trabajos y le concede talento. El joven autor cree abierto el porvenir y va en busca de un empresario. Tras acalorada discusión con éste, comprende que por consideraciones económicas, por gustos del público, del actor, etc., deberá modificar su pieza haciendo concesiones que se oponen a su conciencia artística. Se indigna, entonces, y sale de la oficina del empresario el alma llena de amargura al pensar que su obra no será nunca representada. Mientras va caminando por las calles, le asalta la idea de buscar los medios de realizar fortuna para poder montar él mismo y como debe su pieza. Pero un nuevo problema surge: ¿qué puede hacer un artista para ganar dinero? ¿Convertirse en un comerciante burgués? ¿Por qué no? Mas, ay, esta sujeción a un trabajo que permita enriquecerse ¿no hará perder, entre tanto, las mejores fuerzas del espíritu destinadas a la producción artística? Nuestro Autor evoca entonces irónicamente con la imaginación a su propia persona y la ridiculiza ante sí mismo figurándosela tras el mostrador de un puesto de chanchería. Para dar mayor fuerza a la censura, su conciencia exaltada evoca junto a la propia figura la de un amigo que le reproche con duras palabras aquella extraña determinación de ganar dinero por medios indignos de un artista. ¿Cómo excusarse, cómo hacer comprender sus móviles puros tras esta determinación originada sólo por su terrible situación de autor que tiene algo que decir en una obra que no consigue ser representada? Pues, es necesario que el amigo asista a la representación de su tragedia: él se la dictará bajo la forma de una creación, dé una comedia

que fué tal vez la realidad, que tal vez sea ahora la verdadera obra que querría hacer representar.

Caldeada la mente con estos pensamientos ha llegado nuestro Autor a su domicilio; pero una vez en su cuarto, y como sigue más y más densa la exaltación de su sufrimiento, he aquí que surge, del mismo dolor que le acosa, la creación artística. Se formula así, en su cerebro, el propio drama que acaba de vivir, primero en realidad frente al empresario, luego mentalmente frente a sí mismo, lo que da nacimiento a una obra que es aquella a qué asistimos: «Un Autor en busca de representación». De manera que quedan así, compenetrados, el plan de la realidad—representado por lo que acabamos de describir: esto es, la historia verdadera del Autor—y el plan de la fantasía,—esto es, la pieza misma elaborada por el Autor a raíz de su propia tragedia.

La pieza está escrita, si pudiéramos decirlo así, en círculo. Pues pudo haber comenzado por donde termina, o por la parte central: la de la representación misma de la comedia dictada por el Autor. Sin embargo, nuestra pluma—es siempre la pluma y no el escritor quien manda—dispuso que comenzara la pieza en el instante en que el Autor, después de su fracaso ante el empresario, deambula por las calles volviendo a su domicilio vivamente agitado. Estamos en el instante en que sus pensamientos rodean la idea de hacer fortuna por medio del comercio, y su conciencia al reprochárselo lo ridiculiza evocándole la imagen de sí mismo convertido en un vendedor de chanchería. La alucinación se va precisando y asistimos a la realización de la escena como si estuviera viviéndose de verdad.

ACTO UNICO

(El decorado representa una calle. Cada detalle, tanto del escenario como de los personajes debe contribuir a comunicar una imperceptible impresión de absurdo o de irrealidad. A este

efecto una cortina de tul velará ligeramente la escena. Viene doblando por la esquina Alberto—el Autor—en actitud meditativa y alucinada. Como si brotara de su alucinación, surge, de pronto, un pequeño puesto de chanchería—con apariencia de cosa de juguete.— Alberto mira con sonrisa irónica las salchichas y salchichones que cuelgan ostensiblemente sobre el mostrador, y luego, tomando a lo serio su papel imaginado, entra en el puesto. Se coloca un delantal blanco de mangas arremangadas, se pone a barrer y asea el mostrador. En seguida se acerca a la caja registradora, cuenta el dinero: su rostro se ilumina con una sonrisa de satisfacción. Mira el reloj de pared: son las tres, hora muerta para la venta. Se sienta entonces a leer el periódico. De pronto aparece un transeúnte que tiene aspecto de artista pobre. Este se detiene frente al puesto y, depositando unas monedas, se sirve un sandwich de los que están a la vista con un letrero que dice: «Sandwiches de salchichón a cuarenta centavos». En el momento en que se retira, Alberto lo divisa y se adelanta hacia el mostrador).

Alberto.—¡Pablo, Pablo!

Pablo.—(Volviéndose, sorprendido) Tú... aquí... vendiendo...

Alberto.—¡Hombre, tanto tiempo sin verte!

Pablo.—Estuve recorriendo pueblos. (Extendiendo los brazos)

¡Abrázame!

Alberto.—(Señalando sus manos grasientas) Disculpa, ahora que vendo chanchería...

Pablo.—¡Con tanto talento, has desertado!

Alberto.—Me han desertado. Pero no te aflijas, espero que no lo conseguirán del todo. Cinco años más, y voy para millonario. Tú no sabes lo que representan estas salchichas: te falta imaginación. (Aprieta una de ellas y caen varias monedas de oro).

Pablo.—Dinero ¿a eso aspiras? Te has vuelto concupiscente...

Alberto.—(Sin hacer caso se ha puesto a contar salchichones y

salchichas): Uno, dos, cuatro, cinco, etc. Todo esto, en una semana... (toma un lápiz y hace cifras sumando a media voz) Diez mil pesos.

Pablo.—(Con un sobresalto) ¡Estás loco, o me tomas el pelo? Nada entiendo de comercio, pero vamos, una docena de salchichones, por más que los divides en tajadas de un milímetro... no, no, hombre, a otro.

Alberto.—(Despreciativo) No se trata de ahora, sino de cuando tenga, en diez o quince barrios de la ciudad, otros tantos puestos como éste.

Pablo.—(Riendo y dándole unas palmaditas) Veo que no ha mermado tu bendita fantasía. (Indignándose, de pronto). ¡Pero no te avergüenzas de pretender ser un burgués? Ya tienes el mirar ávido al contar tus salchichas.

Alberto.—Calla, calla, imbécil. (Saca de debajo el mostrador una maqueta que representa un teatro) Comprendes, no soy Wagner; no cuento con un príncipe que me proteja y vele por la realización de mis ambiciones artísticas. He de valerme solo. Esta es la maqueta de mi teatro, el que voy a construir. Tengo que ir juntando el dinero...

Pablo.—Loco de atar. ¡Cuántos años para ello! Tu juventud, perdida.

Alberto.—Más perdida si me empeño en seguir escribiendo para el teatro. Desde luego, me alimento con mis salchichas, y (señalando el mostrador) duermo bajo techo. Esto es, para las necesidades inmediatas, casa y comida. De noche, en vez de la pesadilla con la arrendataria, con los proveedores, sueño con mis salchichas de oro: conozco, al fin, lo que—despreciativo—llamas concupiscencia. Pero es delicioso sentirse acumulador de capital y pensar: «Cuando el montón sea bien grande voy a mi vez a aplastar con él a todos los empresarios que me aplastaron. Monopolizaré el teatro, seré el único empresario. Hundiré con mi gran compañía dramática a aquellos simulacros de compañías. Los

críticos serán míos. Seré el autor, el personaje, el actor, y mi propio y único público».

Pablo.—¡Cuánta exaltación, cómo habrás sufrido!

Alberto.—(Con tono tranquilísimo y aire simplón y satisfecho). Sí, estuve a punto de suicidarme.

Pablo.—Lo dices con tanta calma...

Alberto.—Ahora que todo pasó y seré pronto mi propio vengador... (De súbito, exaltadísimo), Sí, sí: de suicidarme. (Con tono tranquilo y que haga contraste) No se puede ser autor teatral sin suicidarse. Una cosa es la consecuencia natural de la otra. Yo... opté por el suicidio a lo Goethe. Creé una obra. La Providencia, gracias al antídoto del humorismo con que altruístamente nos dota, permite sobrevivir y asistir sádicamente a los propios sufrimientos: de ahí nacen novelas, dramas, comedias. No soy demasiado sádico, y he escogido tan sólo una comedia. Será la primera obra que se represente en mi «Bayreuth».

Pablo.—Préstamela, quiero conocerla.

Alberto.—(Tocándose la frente). La tengo aún «in mentis». De ahí las veleidades que a veces me saltan por el otro suicidio, el verdadero.

Pablo.—¡Oh, no! Nada de eso, vamos.

Alberto.—Veleidades, he dicho. (Enterneciéndose cómicamente y acariciando las salchichas) Me dan tal compensación mis salchichas...

Pablo.—¡Salchichas!... ¡Escribe tu comedia!

Alberto.—¡No te han embotado aún la imaginación tus viajes por nuestros pueblos?

Pablo.—(Con extrañeza) No...

Alberto.—Vas a asistir, entonces, a mi comedia. Imagínate que eres mi dactilógrafa y que te estoy dictando. (Pasándole la maqueta) Mejor, aun: toma, coloca esto en el suelo. ¡Si ya está construído el teatro! (Pasándole una silla) Tu butaca. Siéntate, eres el espectador «in abstracto». (Sale fue-

ra y hace un gesto de escamoteo). Se acabó el puesto de chanchería. (Desaparece el decorado que lo representaba). Tengo millones y lo soy todo: es decir, el empresario por excelencia, el que dirige y crea, material y espiritualmente. (Con tono y gesto enfático, como si fuera un mago poderoso que habla por conjuros y domina el mundo). ¡Venga el espectáculo! (De pronto irónico). Pero, hombre, disculpa. Me exalto y, al oírme, parece que voy a traerte a las mismas Walkirias, a Wotan o Macbeth... que, al Zeus en persona. No, nada de eso. Mis personajes son mediocres. Mi Werther, un cesante sin Carlota. Yo, un Goethe de la más pequeña escuela. En suma, mi suicidio es un suicidio cómico... ¿Estás listo? Decorado: la oficina del empresario. (Se levanta el telón que representaba la calle dejando a la vista una oficina). Personajes: *El empresario*. (Aparece por la derecha, fondo, el empresario. Atraviesa la escena dándose importancia y se coloca frente al público en el extremo izquierdo, adelante. Saluda mecánicamente) *El Actor-Director* de la compañía. (Aparece al Actor: mismo juego que el Empresario. Queda colocado a la izquierda de éste. Los demás personajes irán colocándose sucesivamente por turno a medida que entran cuando los nombra el Autor. Manifiestan todos cierta rigidez de títeres que irá desapareciendo en el curso de la representación) *El Grueso Público* (Personaje barrigón, aspecto de nuevo rico. Trae en una mano un programa y en la otra unos gemelos. Mira con curiosidad a todos lados y hasta enfoca la sala). *El Público Selecto* (Personaje muy delgado. Usa lentes y da muestras de ser bastante miope. Viene con un libro abierto del que no aparta la vista) *El- envidioso-que-se-esconde-en-la-sombra*. (Personaje envuelto en tules negros. Su andar es cauteloso). *El personaje*. (Personaje arrebujaado en una capa. Usa careta). Y... *El autor*. Con permiso, voy a cambiarme de ropa, soy el autor. (Desaparece entre bastidores. Los demás personajes, des-

pués de mirarse unos a otros con recelo, van tomando sitio como sigue: a la derecha, fondo, muy en la sombra, *El Envidioso*; a la izquierda, fondo, sentándose confortablemente en un amplio sillón, la espalda al público, *El Público Selecto*—alias, *El Personaje Flaco*. Adelante, izquierda, en la misma línea que el personaje anterior, *El personaje Gordo*, o *Grueso Público*. Se sienta en una butaca, los anteojos en la mano, en actitud de escuchar y mirar. En el escritorio, al centro, *El Empresario*. A la derecha, cerca del Envidioso, *El Actor*. Se coloca de pie frente a su silla y estudia como papagayo leyendo a media voz su papel. El Personaje se le acerca y ronda un instante a su alrededor como buscándole conversación. Al ver que El Actor no parece querer responder a sus insinuaciones, se sienta en una silla que quedando la espalda a la silla del Actor. Aparece, entonces, un mozo. Trae en una bandeja una tarjeta y se la pasa al Empresario).

Empresario.—(Leyendo el nombre). No conozco. (Da a entender que es inútil insistir).

Mozo.—Señor, o lo recibe Ud., o me aumenta el sueldo. Ha venido cincuenta veces, volverá quién sabe cuantas.

Empresario.—(Releyendo la tarjeta). No conozco, no recibo.

Autor.—(Entrando). ¿Cómo va a conocerme si se empeña en no recibirme? (le pasa una carta). Aquí tiene una recomendación del crítico de «Noticias Literarias». (Sale el mozo). Me costó dos años antes de conseguir que me recibiera y leyera una de mis obras. Ahora declara—modestia aparte—que tengo gran talento. (El Empresario ha recorrido distraídamente la carta).

Empresario.—Lo siento, pero es el público y no el crítico el que tiene autoridad para mí. Es el público y sólo el público quien decide.

Autor.—¿Qué ha de decidir el público cuando no me conoce?

Empresario.—Esa es precisamente la objeción: Ud. no es conocido.

Autor.—Hágame conocer.

Empresario.—No doy a conocer sino lo conocido. El público quiere aplaudir a las seguras, sin incurrir en un error de juicio. Yo no consiento una sala en que se estén mirando unos a otros con el rabillo del ojo para saber si les debe o no gustar la pieza. Los aplausos resultan así indecisos, igualmente los comentarios. La obra no se mantiene en cartel.

Autor.—(Al Grueso Público). Señor... Señor, a Ud. le estoy hablando. (El Grueso Público mira hacia todos lados buscando, ciego para el Autor, cual es la extraña voz que se dirige a él. El Autor se adelanta y se le enfrenta) Míreme, soy un autor novel.

Grueso Público.—(Volviéndole indiferente la espalda). Qué tengo que hacer yo con Ud.... Entiéndaselas con el Empresario. (Saca el pañuelo y limpia minuciosamente los vidrios de los gemelos después de empañarlos con el vaho del aliento).

Autor.—Señor, se lo ruego, Ud. podría influenciar al Empresario. Sea cortés, siquiera, atienda a mis palabras. Una pregunta solamente. (El Grueso Público va dejándose convencer de malas ganas). ¿Es posible que tenga Ud. tan poca personalidad como lo pretende El Empresario, y que necesite estar mirando a sus vecinos de butaca para saber si le gusta o no la representación?

Grueso Público.—(Tímidamente). Es decir... Ud. sabe, yo soy influenciable... no es culpa mía.

Autor.—Sí, una sala de espectáculo se convierte un poco en una especie de polipera con su respectivo espíritu de colectividad. Pero ello no sería objeción para no ver mi pieza, una pieza desconocida. Sus vecinos de butaca, señor, pudieran quizás encontrarla buena, y Ud. sabría entonces a qué atenerse sobre el propio parecer.

Grueso Público.—(Protestando). No, no, no. A mis compañeros de butaca les interesa tan sólo lo que está de moda. Es necesario poder descansar sobre la opinión bien informada.

Autor.—¿Y Ud. cuenta con el Empresario para dicha información? (al Empresario) ¿Y Ud. pretende que su oferta responde a la demanda y que esta demanda depende del Señor? (Paseándose, nervioso). Que el Diablo los entienda, lo que es yo... (deteniéndose, de pronto, frente al Grueso Público). Con todo, yo tengo fe en Ud. Unase con aquel señor que está leyendo. Quítele su libro, llévelo al espectáculo, él podrá ser un buen guía para Ud.

Grueso Público.—No lo conozco. Parece que no sale. (Dirigiéndole la palabra). Señor, este joven autor solicita nuestra ayuda.

Público Selecto.—¿Qué impertinencia! ¿No ve que estoy leyendo? (al Autor) ¿cómo se le puede ocurrir que me meta con ese Grueso Público, yo, Público Selecto? Me ha destronado de las salas de espectáculo. Estoy harto de melodramas, de comedias dulzonas, de chistes para porteros. Teatro y cine consultan el mal gusto del Señor, no el mío. Pues, que se queden con el señor. (Rechifla, protesta con los pies del Grueso Público).

Autor.—(Tratando de hacer silencio). ¡Chit, chit!... va a ser imposible reunirlos. (Al Público Selecto). Bueno, señor. Pero dentro de aquel espectáculo que a Ud. le sabe a zonzo, hay otro espectáculo vivo: el de la representación total, el que engloba la sala misma de los que asisten. ¿No tiene Ud., acaso, la fibra humorística? ¿No le regocija el ver que su... colega suele reír precisamente en el momento patético o inoportuno?

Grueso Público.—(Interrumpiendo estrepitosamente, inconsciente y bonachón). Bravo, bravo. Qué bien habla. (El Público Selecto y el Autor lo miran sorprendidos y luego sueltan la carcajada).

Autor.—(Al Público Selecto). ¿Ve Ud.?... En todo caso ¿querrá Ud. prestarme su ayuda de alguna manera, acogiéndome por medio de la lectura? Yo editaría mi obra...

Público Selecto.—(Categórico). No me intereso por lo desconocido.

Autor.—Ya veo: es Ud. un viejo ratón de biblioteca, rutinario y retrógrado.

Grueso Público.—(dando golpes con los pies). ¡Muy, bien, muy bien!

Público Selecto.—(Ha saltado con indignación). ¿Yo, retrógrado? Soy, a mis horas, el más entusiasta acogedor de todo vanguardismo. Rechazo lo «desconocido», pero no lo nuevo.

Autor.—¡También para Ud. es un problema enfrentarse con lo desconocido, tener que pensar y opinar totalmente por sí mismo!

Público Selecto.—(Despreciativo). Temor de caer mal... de perder tiempo...

Autor.—(Con calor). ¿Y si yo fuera el posible talento desconocido que la indiferencia malogra? (se oye una solapada carcajada del Envidioso, a la que responden como un eco que fuera aumentando de sonoridad, las carcajadas en el orden que siguen: del Actor, del Empresario, del Grueso Público, del Público Selecto) ¿Con qué derecho se mofan si ignoran mi obra?

Grueso Público.—(Aplaudiendo). Tiene toda la razón, Señor Empresario, yo no me opondría a conocer la pieza del Señor. ¿Por qué habría de ser más aburrida que alguna de tantas novedades o piezas clásicas por las que me obligan a interesarme a fuerza de reclamo o de rutinaria consagración?

Autor.—Gracias. No en vano esperaba que llegaríamos a entendernos. Ud., al fin, es instintivo, plasmable; no como aquel señor émprejuiciado.

Empresario.—(Al Grueso Público). Si Ud. lo pide, no tengo inconveniente en entenderme con el Autor.

Envidioso.—(Por lo bajo, al actor). A Ud. ni lo toman en cuenta.

Pronto le señalarán sus papeles y como debe interpretarlos.

Actor.—(Al Empresario y al Autor). ¿Parece que pudieran pasarse sin mí?

Autor.—Ud. es el intérprete: queda subordinado a mi Personaje, entiéndase con él.

Personaje.—Pretende subordinarme a él. En vano trato de penetrarlo con mi espíritu.

Actor.—(Arrogante). ¿Cree Ud. que vendría el Público al teatro por Ud.? No, señor, viene por mí, a verme a mí, a mí. (Al autor). Su pieza—si la acepto—será *mi* creación y no la *suya*.

Autor.—Ojalá llegue Ud. a hacer pensar que Ud. mismo es mi Personaje. No tendría como agradecerle tan valiosa colaboración.

Actor.—(Importante) esté tranquilo, soy siempre «El Personaje».

Personaje.—Tengo puesta aún la careta, ni ha tratado de verme el rostro.

Autor.—(Por lo bajo). Calla, paciencia: lo necesitamos.

Actor.—(Al Personaje). ¡Qué pretensión! Supongo que tiene Ud. nariz, y ojos, como todos.

Personaje.—Pero una expresión única, pues pretendo ser Personaje y no fanteche.

Empresario.—Ve, señor Público, siempre que se trata de lo desconocido empiezan las dificultades.

Grueso Público.—Haga como guste. Pido función y no preocupación.

Autor.—(Al Grueso Público). No me abandone después de su noble gesto. (El Grueso Público le da resueltamente la espalda y se pone a limpiar los lentes de sus gemelos). ¡Veleidoso!... (el autor da algunos pasos hacia el Público Selecto). ¡Ayúdeme Ud.! El buen teatro se muere por culpa *suya*. El empresario estaría dispuesto a darle a Ud. un espectáculo de su gusto si así lo solicita.

Empresario.—(Amable). ¿Por qué no?

Público Selecto.—(Sin levantar los ojos de su libro). Déjenme en paz.

Autor.—(Con elocuencia). Si Ud. no acepta volver a su antiguo sitio en la sala, y ser el que le indique al Señor cuando debe aplaudir o silbar, hasta sin libros se quedará Ud. El Señor influirá sobre la lectura como ahora sobre la representación. Que... ya está mandando en los libros mismos. Mírese: está Ud. cada día más delgado; el Señor, cada día más grueso. Empresarios y Editores no piensan sino en alimentar al Señor. Urge que Ud. se mueva y dirija los programas. (El Público Selecto se ha tapado los oídos hundiéndose más y más en su lectura). ¡Sordos y mudos! (al Empresario, con vehemencia). Ha metido Ud. tanta bulla con su propaganda que no se escuchan ahora ni las palabras sensatas: todo inspira recelo.

Grueso Público.—(Se ha levantado y toma del brazo al Empresario). ¡Eh, qué espera Ud. para darme mi tandita acostumbrada? Estoy aburriéndome. Quiero risa fácil: que hable un tartamudo, que un chistoso le diga cuatro verdades a la suegra... (Imitando una risa boba) o... llanto fácil: oh murmullo de arroyos, música de organillos, campanas de conventos... (ha puesto los ojos en blanco, su voz se hace meliflua). Que mueran dulcemente, tísicas y poéticas, las Traviatas de barrio. (Enjugándose los ojos con cursi emoción entona a medias, la mano sobre el pecho, contoneándose ridículamente). Oh, Alfredo, Alfredo, Alfredo... (se sienta lloriqueando).

Autor.—(Increpando al Empresario). ¿Qué espera para mejorarle el espectáculo? Que ría con nueva calidad de risa. Que lllore porque es hombre a quien conmueve la pena profunda del hombre. Es un emotivo muy fácil de educar. No dudo que, con todo, posee un oculto sentido artístico.

Empresario.—Espere. (Al Grueso Público). Señor, una palabra. ¿Qué busca Ud. en la representación?

Grueso Público.—Vaya... pasar el rato.

Autor.—No. Para eso tiene el Club, el juego, las mujeres, los deportes, los paseos. Ud. se ignora a sí mismo. Aun cuando cree que le interesan tan sólo las piernas de las bailarinas, busca inconscientemente en el espectáculo otra cosa: satisfacer aspiraciones estéticas.

Grueso Público.—Estéticas... ¿Qué es eso?

Autor.—Es algo que Ud. practica sin saberlo, como un tal Monsieur Jourdain... practicaba la prosa.

Grueso Público.—No me majaderee, Señor. (Al Empresario, tirándole del brazo). ¿En qué quedamos?

Autor.—(Mismo juego con el otro brazo del Empresario). Sí ¿en qué quedamos?

Empresario.—(Mirando a uno y otro lado, desconcertado). Ay, mis brazos...

Grueso Público.—Estoy esperando.

Empresario.—(Al Grueso Público, reverente). Señor, le ruego que tome asiento y aguarde un instante más. Ya oirá en momento oportuno los tres golpes de aviso. Estamos en el entreacto. Mire Ud. la sala. (El Grueso Público se sienta sumiso, y empieza a mirar con sus gemelos la supuesta sala. El Empresario, al Autor), Bueno, señor Autor, siéntese Ud. aquí. (Le indica una silla cerca de su escritorio). Nada pierdo con oírlo. Al fin, un cambio de cartel no me vendría mal. El Señor Gordo está que se me pasa al Cine... el Señor Flaco tal vez se interese si lo desconocido resulta lo novedoso. ¿Qué me ofrece Ud.? (viendo que el Autor saca un folleto y se apresta a leer). No, no: una sinopsis.

Autor.—(Indignado). No es biógrafo, mi pieza; tiene estilo. El tema es lo de menos en arte.

Empresario.—Arte... arte... Pido «teatro», para espectadores.

Autor.—El teatro fué arte, y tuvo espectadores. ¿O cree Ud. que estaban vacías las salas en tiempos de Shakespeare y de Racine?

Empresario.—Ahorremos tiempo. Acepto su argumento. Pero tendrá Ud. que ajustarse a ciertos acomodados y arreglitos que consultan el gusto del público, las conveniencias financieras mías, las aptitudes del actor, los reparos de la censura, las ideas políticas del Gobierno imperante—sin descuidar, naturalmente, las de oposición.—En fin, nuestro lema no puede ser «Castigat ridendo mores»: «Enmendar las costumbres riendo», sino: «Halagar las costumbres riendo».

Autor.—Temo no haber comprendido.

Empresario.—Me explicaré. Vamos por partes: ¿Su pieza se atiende al estilo de la comedia?

Autor.—Es una comedia.

Empresario.—Muy bien.

Autor.—Una comedia trágica.

Empresario.—¡No, no!

Actor.—(Desde un instante ha prestado atención). No importa, la modificaré.

Empresario.—Bien. (Al Autor). ¿Cabe su representación en dos horas exactamente?

Autor.—Suele durar toda una vida.

Empresario.—(Mirando al Actor, como si lo consultara sobre la posible locura del Autor). ¡Oh!...

Actor.—(Muy satisfecho). No se le dé nada: la peinaremos.

Personaje.—¿Qué es eso, peinar?

Actor.—Término de actores: significa quitar lo que sobra. Esa frasecita que a toda costa quería Ud. enseñarme no significa nada y se repite constantemente. Frases como esa, por ejemplo, generalmente se peinan.

Personaje.—(Indignadísimo). ¡No pretende Ud. quitarme mi frase! ¡Es mía, mía, tan mía!

Autor.—(Interviniendo con pasión). Lo caracteriza psicológicamente: es como un tic que traduce pensamientos distintos y escondidos, disfrazados por las palabras. ¿Cómo podría sobrar esa frase? Sin aquella repetición desaparece el tic, y por lo tanto, la preocupación oculta que es la que lleva calladamente al desenlace dramático.

Grueso Público.—(Desde un instante presta atención). Que no le quiten su frase al Personaje. Pago por ver obras completas y no retazos; si no, que me devuelvan el dinero.

Empresario.—(Al Grueso Público, reverente). Hemos tratado siempre de evitarle el aburrimiento.

Actor.—(Irónico). Quedará compensado, le daremos la pieza del Señor. (vuelve a sentarse y estudia su papel).

Personaje.—(Al autor). Se mofa, no te comprende. Vámonos de aquí.

Autor.—Calla, ve a sentarte. Si eres elocuente sabrás convencerlo. (el Personaje no se mueve. Lo mira con reproche a través de su careta).

Envidioso.—(Al Actor, por lo bajo). ¿Va a exponerse Ud. al fracaso?

Actor.—Chit, lo fracasaré yo a él. ¿Qué pierdo? (ríen gozosos).

Autor.—(Al Personaje). Ve a sentarte, he dicho. (El Personaje se aleja, vacilante y triste. Se sienta en actitud meditativa, la cabeza entre las manos).

Empresario.—(Al autor). Basta en cuanto a lo del público. Pasemos, ahora a las conveniencias financieras mías. ¿Cuántos decorados?

Autor.—Demasiados, es decir, ninguno. Había previsto el caso... financiero.

Empresario.—Puedo proporcionarle un decoradito que ha tenido en distintas ocasiones muy buena acogida. Sirve para cualquier caso. Es una especie de saloncito de estilo indefinido, de color impreciso...

Autor.—(Interrumpiéndolo). Me basta la Cortina, la famosa cortina que «estiliza», la que inventaron mis colegas que tenían que vérselas con empresarios como Ud. y con públicos imaginativos y snobs. Bien dicen que la necesidad tiene cara de hereje. No tema tampoco por el costo de mis personajes: irán desnudos antes que mamarrachientos, o bien vestirán como el que pasa. Mi pieza, gracias a Dios, no se ajustaba a sus condiciones y he resuelto cambiarlas por otra: necesito darme a conocer. Casi sería más fácil que nos metiéramos los que estamos aquí a hacer la representación. Créame, me parece que yo sabría sacar provecho hasta de Ud., señor Empresario... si no hubiera otra manera de organizar el espectáculo.

Personaje.—(Irrumpiendo, vehemente). ¡Pretendes aprovecharme, tal como, con mi careta! ¡Renuncias a hacerme representar en la pieza que me corresponde! Reniego de ti, no eres mi padre cuando no vacilas en venderme. Basta de transigir, adiós. (Sale como una ráfaga dejándolos a todos atónitos).

Autor.—(Torciéndose las manos con desesperación). ¡Me abandona mi Personaje, me cree indigno! (violento) Uds. son los culpables. ¡Qué les importa a Uds. mi fracaso! (a los dos públicos). Uds., callados, indiferentes. (Al actor) Ud., en vez de aliado, enemigo. (al Empresario). Ud., un comerciante: no digo más. (Los Personajes han ido tomando una actitud rígida como al principio). Todo lo habría perdonado, sin embargo: la humillación de tanto ruego, la mala representación de mi obra, el pago escaso. Lo que no perdono es que por culpa vuestra mi Personaje se me vaya. Pero lo haré volver y comprender algún día: humillaré aún más mi humillada vida consiguiendo por otros medios llegar a ser el que puede mandar. (Exaltándose más y más). Pondré una chanchería, sí, una chanchería. Rivalizaré con el más

concupiscente de los comerciantes burgueses. Estrujaré el bolsillo del hambriento; no me avergonzaré ante el amigo que pase, ante el artista que me reproche mi actitud, mi deserción. (Gritando). Pondré una chanchería, pondré una chanchería... (Se deja caer, extenuado, sobre una silla. Silencio absoluto. La sombra invade totalmente el escenario que va quedando a oscuras. Se oye teclear la máquina de escribir. La sombra va disminuyendo hasta que se alcanza a ver lo que hay en la escena. Los Personajes han desaparecido. Queda solamente una silla en la que está derrumbado el Autor: se echa de ver que es éste su cuarto y no la oficina de un empresario. Alberto se incorpora poco a poco; su actitud va siendo natural). Creo, Pablo, que puede terminar aquí la pieza. Escribe: Telón, fin del acto único. (Se oye teclear entre bastidores, pero la máquina está a la vista, aunque sin nadie frente a ella. Alberto se adelanta, caminando como quien dicta, hasta la parte delantera del escenario. Aparece, entonces, silenciosa y rápidamente a su espalda, el decorado que representaba al principio la calle, sin el puesto de chanchería, ni el velo que esfumaba un tanto la vista. Es de noche. Alberto repite, dictando). Cae el telón, fin del acto único. (Se oye teclear entre bastidores. De pronto, al volver Alberto sobre sus pasos y encontrarse con el muro de la calle, mira hacia todos lados, extraviado).
 ¿Y mi chanchería?...

Voz de Pablo.—(Entre bastidores) ¿Qué chanchería?

Alberto.—La que me fabrica millones... (Estalla una carcajada entre bastidores, seguida de otra y otras, por las mismas personas y en igual forma que anteriormente). ¡Quién se atreve a mofarse! (de súbito estalla en risa él mismo dando la impresión de que toda la escena fué alucinatoria y que la risa proviene sólo de Alberto y responde a pensamientos íntimos suyos). Si estoy en la calle... ¡Ni un mostrador que

me cubra, siquiera! . . . (ríe trágicamente). Ni fué escrita mi comedia, ni lo será nunca . . . ¡Me han fracasado, estoy en la calle! (Se pasea con las manos en los bolsillos, la mirada tétrica, la cabeza sobre el pecho, riendo convulsivamente).

TELON

(FIN DEL ACTO ÚNICO)